

Apostolado

EL APOSTOLADO INTELECTUAL EN LA MISION DE LA IGLESIA*

*Pedro Arrupe, S.J.
Superior General de la Compañía de Jesús*

INTRODUCCION

No faltan quienes han puesto en duda si el apostolado intelectual sigue teniendo cabida en la Iglesia de hoy, justamente preocupada como nunca por el urgente apostolado de tipo social que busca la promoción de la justicia entre los hombres. La responsabilidad que tengo de procurar que un cuerpo apostólico como es la Compañía cumpla cada vez mejor su misión, me impulsa a insistir en la necesidad de aportar nuevas energías al apostolado intelectual hoy. De esto tratará la primera parte de este escrito.

Quienes están directamente dedicados al apostolado de tipo intelectual se interesarán, sin duda, mucho más por cuanto aquí se dice. Sin embargo, todos deberíamos ser conscientes del puesto que este apostolado debe ocupar en el conjunto de nuestros compromisos; y puesto que, en definitiva, la misión de la Iglesia no es más que una, en ella se engloba cualquier tarea apostólica.

Algunos esperarían, quizás, que comenzase este escrito definiendo qué es el "apostolado intelectual". Me temo que no conseguiría una definición capaz de satisfacer a todos, ni que pudiese objetivar su rica complejidad. Me contentaré, por tanto, con decir sencillamente qué entiendo cuando uso esa expresión.

Me refiero tanto al apostolado que se ejerce mediante actividades intelectuales, como al apostolado entre los intelectuales. Pienso en nuestros profesionales de las ciencias, la investigación, la reflexión, la literatura, el arte, en los dedicados a tareas docentes o formativas, en nuestros publicistas, aun a nivel de vulgarización. Y cuando digo "intelectuales" aludo a los pensadores, investigadores, hombres de ciencia, a los profesionales de cualquier actividad típicamente intelectual. Abarco también el mundo de los jóvenes que se preparan intelectualmente, sobre todo a niveles superiores, aunque el adiestramiento intelectual comience ya, por lo menos, en la segunda enseñanza.

* Arreglo de nuestra redacción sobre una Carta acerca del Apostolado Intelectual, del 25 de diciembre de 1976.

I. EL APOSTOLADO INTELECTUAL EN LAS OPCIONES ACTUALES DE LA IGLESIA

Qué relación existe entre "apostolado intelectual" y "misión de la Iglesia hoy"? Qué nivel hay que atribuir a este apostolado en nuestra escala de actividades en la actualidad?

1. Crisis y Cambio en el Mundo Intelectual y Cultural

Creo que es fácil contestar esas preguntas si sabemos intuir la realidad actual. Baste recordar el diagnóstico que de ella hizo el Concilio Vaticano II y, a su turno, los últimos Sínodos Episcopales: grave situación de injusticia y, en no menor medida, de profunda crisis y transformación intelectual.

La XXXII Congregación General de la Compañía de Jesús en su Decreto 4o. señaló este segundo componente ya desde el comienzo mismo, al decir que "buen número de nuestros contemporáneos están fascinados, incluso dominados por los poderes de la razón humana" (no. 5) y al describir más adelante el impacto de los avances tecnológicos y de las ciencias humanas (no. 25). Esta "mutación cultural y socio-estructural" está íntimamente relacionada con la secularización (no. 26).

2. Dimensión Intelectual de las Opciones-clave

Este cuadro adquiere perfiles aún más concretos cuando se trata de señalar las tareas prioritarias que se deducen de este diagnóstico: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Ambas tareas conllevan un importante componente intelectual.

En efecto, el servicio de la fe exige trabajar "en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos" (no. 26), en la renovación y adaptación de las "estructuras de reflexión teológica, de la catequesis, de la liturgia y de la acción pastoral" (no. 54) y en el estudio

"de los grandes problemas a los que la Iglesia y la humanidad deben hoy hacer frente" (no. 60).

A su vez la promoción de la justicia exige que "estemos dispuestos a consagrarnos a los estudios austeros y profundizados que se requieren cada vez más para comprender y resolver los problemas contemporáneos" (no. 35; cf. no. 44). Característica actual es, además, la injusticia de las estructuras (nn. 31, 40). Ahora bien, cómo es posible analizar esas estructuras e idear su reforma sin un estudio a fondo?

3. Una Objeción

Pero no se corre el peligro de volver a alejarnos del mundo de lo real y volver a minusvalorar ese apostolado urgente de preferencia por "el servicio de los pobres" (no. 60) y de activa solidaridad "por los sin voz y los sin poder?" (no. 42).

La respuesta a esta dificultad debe ir matizada. Efectivamente, mal podremos servir a los pobres si no tenemos con ellos un estrecho contacto y si nos falta un mínimo de experiencia acerca de su vida.

Sin embargo no es menos cierto que, precisamente, para promover la justicia y servir a los pobres, tenemos también que dirigir nuestra actividad a aquellos que "tienen responsabilidad o influencia sobre las estructuras" (no. 40), a los que pueden llegar a ser "agentes de transformación social" o "multiplicadores para el proceso mismo de educación del mundo" (no. 60). Ahora bien, los intelectuales figuran entre quienes tienen influencia social. Y buena parte de los agentes de transformación social sigue reclutándose, aunque no exclusivamente, entre la juventud que estudia.

4. Exigencias de un Apostolado Intelectual Especializado

La mayor seriedad intelectual posible es hoy exigencia para cualquier activi-

dad apostólica, sin que todo, evidentemente, se reduzca a eso. Dos parecen ser hoy las áreas que es menester privilegiar: la educación de la juventud ("que hay que proseguir e intensificar") y la "investigación y reflexión teológica" (no. 60). De allí la urgencia de dedicar apóstoles "a la investigación científica o a la enseñanza, especialmente de las ciencias sagradas, forma auténtica de apostolado eclesial". Y en verdad, no se respetaría la dimensión intelectual inherente a nuestras opciones apostólicas preferenciales (el servicio de la fe y la promoción de la justicia) si no se dedicara un significativo contingente de apóstoles eclesiales a trabajar primaria y específicamente en tareas de investigación y ciencia, y, en términos generales, en un apostolado explícitamente intelectual.

Por lo demás, en no pocos casos, el marco ideal para esta actividad no podrá ser otro que el de centros perfectamente organizados, universidades, institutos de investigación, colegios, revistas, etc. (cf. no. 7).

5. Recomendaciones del Papa Pablo VI

En alocución del 3 de diciembre de 1974 dirigida a toda la Compañía de Jesús el Papa puntualiza las consecuencias que se siguen de la misión o envío apostólico: "la investigación y la enseñanza teológicas, el apostolado de las publicaciones y ediciones, el apostolado social y la actividad intelectual y cultural que desde las escuelas para la formación integral abarca todos los grados de la formación universitaria y de la investigación científica".

Pocas líneas después en el mismo discurso el Papa reconocía como distintivo de los apóstoles de la Iglesia el hecho de que "incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, donde quiebra que ha habido y hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están" los apóstoles. Es

cierto que en esta cita no se trata únicamente del apostolado intelectual, pero es innegable que éste ocupa un puesto relevante en el pensamiento del Santo Padre.

El 6 de agosto de 1975, en la audiencia concedida a los Rectores y Presidentes de Universidades, confirmó de nuevo "la grave misión" que incumbe a todos en el campo de la cultura moderna.

6. El Tema queda abierto

No he pretendido aquí hacer un tratado ni exponer en toda su profundidad teológica la relación entre inteligencia/conocimiento y fe/evangelización. Confío esta tarea a aquellos que han reflexionado más el tema. Una cosa queda clara: la misión que hemos recibido y nuestras propias opciones por el servicio de la fe y la promoción de la justicia exigen que nos comprometamos en serio en variadas formas de apostolado intelectual.

II. CONFIGURACION ACTUAL DEL APOSTOLADO INTELECTUAL

Se deduce de cuanto llevamos dicho que tenemos que seguir adelante con lo que hasta aquí hemos hecho, limitándonos sencillamente a revigorizar lo que pudo haber decaído, o que tenemos que lanzarnos a acometer obras nuevas y reestructurar las actuales?

Ambas cosas, diría yo, según los casos. Y ello en virtud de un ponderado discernimiento que habrá que establecer en base a criterios objetivos y orientaciones tanto de la Iglesia como de nuestra propia espiritualidad. Sobre algunos puntos concretos quisiera detenerme un poco.

1. Selección de Areas y Especialidades

La selección del área de nuestro apostolado intelectual debe hacerse en función de los criterios prioritarios exigidos por las actuales circunstancias de la hu-

manidad: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Y esos mismos criterios han de condicionar la orientación hacia el apostolado de las personas en formación o preparación. Porque no cualquier tipo de quehacer intelectual o de investigación encaja de la misma manera en nuestra misión. Y por otra parte, todavía no estamos eficazmente presentes en algunas áreas del mundo intelectual donde deberíamos hallarnos.

En cuanto a las especialidades, los criterios de urgencia deben reservar los primeros puestos a las ciencias sagradas (exégesis, teología, moral, espiritualidad). Nuestra responsabilidad es tanto mayor cuanto que no son muchas las personas que pueden prestar este servicio a la Iglesia.

La filosofía (cuya situación debe ser revisada en más de un sitio) sigue en el orden de preferencias, junto con las ciencias antropológicas y, concretamente, las sociales.

Sigue siendo conveniente que algunos, por lo menos, se dediquen a otras ramas de las ciencias, a las matemáticas, a las ciencias naturales. Su elección ha de ir precedida de un discernimiento más exigente que el utilizado en el caso de la teología y ciencias humanas que son opciones preferentes. Más de una razón hay para dedicarse a ello. Recordemos la influencia de las ciencias de tipo natural en la formación de la mentalidad moderna. Por lo demás, cómo se puede llevar a cabo una reflexión teológica que sea inteligible sin un profundo conocimiento de las raíces científicas de esa mentalidad? Más aún: cómo hacer presente la Iglesia y mantener los indispensables contactos personales en un sector mundial de tan vital importancia como el científico y técnico, sin conceder a las ciencias el valor que les corresponde? No olvidemos, además, que las conquistas de las ciencias exactas y naturales son con frecuencia excelentes aportaciones a la victoria contra calamidades y miserias de todo tipo. La caridad también llama por aquí.

Claro que no podemos hacerlo todo. No daríamos abasto y caeríamos en la dispersión. Pero debemos tener ante los ojos el amplio abanico de posibilidades que se abre ante nuestro apostolado y la lista de áreas de trabajo que -en función de las necesidades y de nuestros recursos- son compatibles con nuestra vocación. Sé que a lo citado hasta ahora habría que añadir el mundo de la literatura y de las artes, y el de los medios de comunicación social, sectores todos ellos en los que la colaboración entre los apóstoles de la Iglesia ha experimentado en los últimos tiempos un consolador incremento.

Para una elección más segura, habrá que tener en cuenta el talento y la vocación personal de cada uno y discernir qué es lo más urgente en tal o cual circunstancia y qué es lo más necesario en una perspectiva de futuro.

2. Investigación, Enseñanza, Otras Areas de Apostolado Intelectual

Idénticos criterios deben inspirar también la distribución y justo equilibrio de las fuerzas de la Iglesia entre investigación, enseñanza, y otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales.

La investigación apunta a largo plazo, criterio siempre privilegiado en la Iglesia puesto que favorece bienes más duraderos. La educación de la juventud es uno de los "campos en que está en juego toda la persona humana". En cuanto a otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales, su importancia deriva de que permite establecer trascendentes contactos con hombres y mujeres que tienen un influjo enorme sobre sus contemporáneos por no decir sobre toda la sociedad y sus estructuras.

Permítaseme añadir que todo centro de estudios superiores de la Iglesia, muy especialmente los de estudios teológicos y filosóficos tienen la responsabilidad de mantenerse en un alto nivel no solo

docente, sino también de investigación, al menos en una especialidad cuidadosamente bien elegida. Y los programas de esta investigación deberán ser sometidos a constante evaluación no menos que los programas docentes.

Por lo que toca al apostolado entre los intelectuales -que ni es actividad científica a jornada completa ni actividad docente propiamente dicha- querría señalar que es importantísimo que los que se dedican a él tengan suficiente preparación, incluso científica, en la materia que cultivan aquellos entre quienes se mueven y que actualicen constantemente sus conocimientos -y también los teológicos- para mantenerse a la altura de los problemas que se les presenten.

3. Formación Continua de los Operarios Intelectuales.

Ni siquiera los investigadores y docentes están inmunizados contra el inexorable envejecimiento de la primera formación. Todos, pues, deberían hacerse esta pregunta: he abandonado en todo o en parte el estudio serio y mi puesta al día intelectual, quizás también la espiritual, desde que acabé mi doctorado o poco después?

La llamada insistente a la formación continua no se dirige sólo a los operarios dedicados al ministerio pastoral. Esta formación continua en el terreno de lo intelectual requiere de una fina percepción acerca de la evolución de la teología y, en no menor medida, capacidad de asimilación de cuanto otros han experimentado en sus contactos más directos o más numerosos o más diversificados con todo tipo de gente.

4. Colaboración, Interdisciplinariedad, Multidisciplinariedad

A nadie escapa la importancia que hoy reviste la colaboración entre todos los que cultivan especialidades diferentes, lo cual requiere de un trabajo de

verdad interdisciplinario. Sabemos qué difícil es en la práctica el trabajo interdisciplinario que supere al superficialidad. Puede ocurrir, incluso, que se comience a trabajar sin que cada uno vea claros y acepte los planteamientos de otras disciplinas diferentes a la suya. Por ello la Iglesia necesita investigadores de un tipo nuevo: con gran capacidad de síntesis que les permita presentar soluciones globales, de fondo, articuladas, que son las que exigen los grandes problemas actuales de la humanidad. Hará falta también, hablando en general, superar el individualismo y el egocentrismo de quien se encastilla en su propia especialidad.

Hemos de tener especial cuidado al analizar una situación local concreta a la luz de varias disciplinas. No será suficiente el contar con especialistas en varias cosas, sino que junto a quienes enfocan el problema desde el ángulo intelectual, hay que tener en cuenta a aquellos que lo conocen experimentalmente, por ejemplo, desde la experiencia real de la pobreza.

Dada la diversificación de especializaciones intelectuales, la extensión geográfica de la misma Iglesia, la amplitud de contactos con grupos y culturas tan diversas, tenemos posibilidades excepcionales para actividades interdisciplinarias. Y por lo mismo nuestra responsabilidad es mayor y estamos tanto más obligados a colaborar como cuerpo a la solución "de los grandes problemas con que se enfrentan hoy la humanidad y la misma Iglesia": problemas que casi siempre son multidisciplinarios. Y cuántas veces intentamos resolverlos de manera claramente autosuficiente, porque los atacamos sólo desde el ángulo de nuestra propia e individual especialidad!

4. Conservar la Sensibilidad y la Sencillez

Otra cualidad indispensable del apostolado intelectual hoy es una gran sensibilidad hacia los hombres de cualquier clase, incluso las menos consideradas.

Para ello es necesario que cese en nosotros -y contribuir a que cese en torno nuestro- la arrogancia, el desprecio por los no-intelectuales, y cierta insensibilidad que, como consecuencia de "la objetividad" puede afectar a veces a los intelectuales.

Es ilusorio aspirar a abolir toda diferencia entre las profesiones humanas: la intelectual y la manual, por ejemplo. Pero es justo exigir que desaparezca el orgullo o el desprecio que van asociados a esas diferencias, y que se supriman los privilegios que se fundan en ellas. No ha recibido de la sociedad cuanto tiene cada uno de nosotros? Y no caemos frecuentemente en esa presunción de superioridad? No nos aprovechamos, llegado el caso, de lo que prácticamente es un privilegio cuando lo que de nosotros se esperaba era un ejemplo de lo contrario?

5. La Pobreza en el Apostolado Intelectual

El apostolado de tipo intelectual no queda al margen del hoy muy necesario testimonio de pobreza por parte de toda la Iglesia. Y eso porque las dimensiones de la pobreza no son materiales solamente. Existe una pobreza de espíritu que es poder poner a disposición de todos cuanto hemos recibido: exigencia de modestia, de colaboración, de generosidad en comunicar nuestro saber, de acoger a los pequeños.

Por otra parte, la necesaria solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos, no puede ser asunto sólo de algunos apóstoles en la Iglesia. Aplicándolo a nuestro caso, incumbe también a quienes dedican su vida al apostolado intelectual. Quizás no sean ellos quienes tengan que "participar más de cerca la suerte de las familias de ingresos modestos", aunque no faltarán quienes se sientan inspirados a hacer compatible esa participación y una vida de intenso trabajo intelectual. Yo querría animarlos a todos a descubrir ese nuevo estilo de

compromiso apostólico intelectual. Pero a todos los apóstoles de la Iglesia afecta el llamamiento a una conversión de su estilo o modo de vida. Aun reconociendo las legítimas necesidades del trabajo propio de un intelectual, no hay por qué vivir en todo como aquellos con quienes trabajamos. No faltan intelectuales, de credos muy diferentes, que lejos de comportarse como gente de recursos, dan en esto un magnífico ejemplo. Nosotros que ansiamos identificarnos con Cristo pobre, podremos quedarnos atrás?

Un testimonio de pobreza adaptado a las circunstancias es no solo posible, sino necesario en el apostolado intelectual.

6. Motivaciones Evangélicas del Compromiso Intelectual

Quienes se dedican en la Iglesia a un apostolado de tipo intelectual son, por lo general, religiosos, religiosas, sacerdotes. Es ese título de apóstoles o de sacerdotes, como he dicho, el que justifica nuestro acceso a la investigación, a la ciencia como profesión, a la enseñanza superior o a cualquiera otra forma de servicio apostólico en el mundo intelectual. Pero no basta que sea bueno el punto de arranque. Es menester mantener ese equilibrio vivencial a lo largo del tiempo.

Quienes se dedican al apostolado intelectual deben precaverse contra la tentación de creer que servirían a Dios de modo más adecuado en otras ocupaciones aparentemente más pastorales. Por eso no deben permitir que tras unos pocos años de trabajo científico, otros ministerios más atrayentes desde algunos puntos de vista vayan absorbiéndolos con merma de su dedicación intelectual. Y por otra parte, por fidelidad a este mismo compromiso, deben mantener viva con no menor claridad en su mente y en su corazón, la motivación expresamente evangélica y apostólica por la que optaron por este tipo de trabajo intelectual.

Y ahora preguntémosnos: es posible que, arrastrados por la corriente de la vida y abandonado el frecuente repaso de la historia de la propia vocación, nuestra existencia se haya ido reduciendo a un profesionalismo. ¿De la investigación o a cualquiera otra tarea intelectual que ya no tenga que ver nada con el servicio del evangelio y que, para nosotros mismos y para los demás, se haya vaciado de su contenido apostólico? En caso afirmativo, seamos conscientes de que a menos que se produzca una realimentación de motivos en las fuentes iniciales de nuestro compromiso, ponemos en peligro nuestra vocación y, en todo caso, corremos el riesgo de hacernos apostólicamente estériles. Este esfuerzo por reempalmar con los orígenes ha de ser periódico, frecuente, incluso constante, como se ve en los ejemplos antiguos y modernos.

7. Fidelidad a la Iglesia que da la misión

Somos "hombres de misión", pero misión de la Iglesia, se entiende. He citado más arriba las palabras de Pablo VI llamándonos "enviados de Iglesia" y aplicando muy especialmente este calificativo, aunque no en exclusiva, a las empresas de nuestro apostolado intelectual. Esto conlleva el que un apóstol intelectual, especialmente si se ocupa de la Teología, debe tener en el ejercicio de su justa libertad de investigación un fino sentido de su responsabilidad de ser fiel a la Iglesia y conducirse en la práctica con responsabilidad.

8. Equilibrio entre vida religiosa y sacerdotal

Unas palabras finales sobre el punto, ya tratado, del equilibrio entre nuestra vida religiosa y sacerdotal en que debemos progresar. Los que son sacerdotes "deben permanecer asociados a todos los demás sacerdotes en la unidad del sacerdocio ministerial para el servicio de los hombres" (d.23, n.12). Teniendo en cuenta que también hay Hermanos que ejercitan el apostolado intelectual

y Escolares que hacen en él sus primeras armas antes de llegar a las órdenes, quiero precisar que la misma recomendación vale para ellos: unión estrecha con todos los que laboran en el apostolado de la Iglesia.

Quiero decir una cosa que enseña la experiencia: el que progresa en su vida intelectual (de variedad profana o no profana) sin progresar simultáneamente en la profundización de su fe, se pone en peligro. Y de la misma manera, sin que pueda haber regla general dada la diversidad de necesidades y circunstancias, el mantenimiento del equilibrio de la vida sacerdotal e intelectual exigirá con frecuencia que tome alguna parte en un ministerio pastoral más directo o entre los más pobres.

Finalmente, su vida ha de estar centrada siempre y de manera clara en la Eucaristía, sacramento en que se consuma la transformación del mundo a la que pretendemos colaborar tanto por la ciencia como a través de la acción. (cfr. CG XXXI d.23, n.12; CG XXXII d.11, n. 35).

CONCLUSION

En resumen: no es este el momento de aflojar el compromiso en el apostolado intelectual. Pero sí es el momento de discernir nuevos campos de aplicación de este apostolado. Es el momento de darle un estilo nuevo en armonía con las exigencias de fe y justicia. Es hora de superar los individualismos aislados. Es el momento de las obras interdisciplinares y de la integración apostólica de todas nuestras tareas. Y añadiré que es también el momento de renovar la "misión" y el sentido de la misión.

Los Provinciales, a la hora de planificar los ministerios cara al futuro, tengan muy en cuenta el apostolado intelectual.

Pido también a los jóvenes con cualidades para ello que se muestren disponibles y se sometan de buen grado a esa lenta preparación que solo fructifica a

largo plazo, prontos a abrazar una vida de paciencia y, sobre todo, de fe. Que los responsables de la formación los apoyen y acompañen en ese esfuerzo.

Y por último, a todos aquellos que ya hace años apostaron su vida a este apostolado y en él la consumen investigando, enseñando, o en cualquiera otra forma de presencia entre los intelectuales, les pido que vuelvan los ojos a las fuentes de su compromiso; que descubran otra vez las motivaciones de entonces, si fuese necesario y que logren ese estilo nuevo de apostolado intelectual hoy requerido. Y si las incomprensiones les hubiesen sumido en la amargura, busquen en el Señor fuerza para superarla. Renovándose así, a partir de la pro-

pia vocación, su abnegada vida, encauzada ya en esa línea sin posibilidad de retorno, adquirirá nueva fecundidad. Será valioso ejemplo y el aliento que necesitan los jóvenes para embarcarse en una vida cuya austeridad no se les oculta. Pero el mejor ejemplo será siempre el de una fraterna unión con los demás que se ocupan en otros apostolados y se mueven en medios diferentes.

Doy la última mano a este escrito en el momento en que el mundo entero se dispone a celebrar la Navidad. Que el Verbo de Dios nacido entre los hombres sea la verdadera Luz que ilumina nuestro trabajo, la Sabiduría que guía nuestra palabra, la Presencia que habita en nuestro corazón.